

EL CAMINO DEL
PERDÓN APLICADO
Tres Perspectivas de
Un Solo Precepto

Rick y Eunice Johnson

EL CAMINO DEL PERDÓN APLICADO
Tres Perspectivas de Un Solo Precepto
Derechos Reservados ©2018 por Rick Johnson

Publicado por
International Action Ministries
2610 Galveston Street
San Diego, CA 92110

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de ninguna manera ni por ningún medio sin la autorización escrita de International Action Ministries.

ISBN 978-0-9818804-6-4

Impreso en Editorial Buena Semilla
Bogotá, Colombia

Contenido

Introducción	1
Fundamentos	5
El CÓMO del Camino del Perdón	12
Primera Perspectiva: La Noche del Perdón Negado	23
Segunda Perspectiva: ¡Tengan Cuidado!	40
Tercera Perspectiva: Ofrendas y Prioridades	63
Nuestras Decisiones Ante Los Retos	92

Reconocimientos

Queremos expresar nuestro agradecimiento a Lucas Campos por su colaboración con el diseño de la portada. También queremos reconocer a Petra María Buscema, Olvis Contreras, Jairo Rincón Fierro, Javier y Soledad Ibarra, Eunice Lezama, y Laury de Ramos por su labor y ayuda revisando el texto. Damos gracias a Dios por sus vidas.

Además, deseamos expresarle nuestro agradecimiento a usted, por ser una de las personas utilizadas por Dios en el camino del perdón aplicado. Te apreciamos.

Rick (Ricardo) y Eunice Johnson

Introducción

Por Juan Elías Salas y Steve Saint

Juan Elías: La vida del discípulo de Jesucristo está relacionada con personas de diferentes criterios y posiciones frente a este tema tan esencial: El Camino del Perdón Aplicado. Como seres humanos imperfectos, muchas veces hemos tenido que buscar y pedir perdón o perdonar a otros. Esto se convierte en un ejercicio que durante toda la vida debemos poner en práctica para nuestra salud, para la de nuestro prójimo, familia e iglesia. El discípulo de Jesucristo deberá pasar por diversas circunstancias que le harán aprender la necesidad de estar sano espiritual, mental y relacionalmente.

El iniciar el Camino del Perdón Aplicado, es por la necesidad de una reconciliación efectiva, lo que en la mayoría de los casos puede exigir un costo muy alto: la humildad. En la vida del discípulo de Jesucristo, el pedir perdón y perdonar se convierte en una demanda esencial, que le concederá un andar en integridad, gratitud y amor, para poder ser un instrumento en las manos de Dios a favor de otros.

El camino hacia El Perdón Aplicado nos exige una forma distinta para lograr la reconciliación, en la cual es muy importante nuestro razonamiento con integridad y una actitud correcta.

Nuestros amigos, Ricardo y Eunice, de manera sencilla, pero muy clara, presentan en su obra varios aspectos que ayudarán al lector a entender y reflexionar sobre la importancia de emprender de manera práctica El Camino del Perdón Aplicado. Las historias y anécdotas que usa Rick en este libro nos proporcionan mayor claridad en cuanto al perdón y confrontan al lector con situaciones que pudiera estar viviendo.

La lectura de este libro le ayudará a comprender lo fundamental en la vida de un verdadero discípulo de Jesucristo: El Camino del Perdón Aplicado.

Juan Elías Salas

Pastor y Miembro del Consejo

Directivo Misionero SADI, AC

Maturín, Venezuela

Steve: Muchas veces he oído comentarios de hermanos quienes han dicho de otros, cosas como: “¡Él es un cristiano fuerte!” Lo que me ha preocupado es que en algunas ocasiones hay personas que lo han dicho de mí, al conocer la historia de mi familia. A lo largo de los años, muchos me han usado como ejemplo de un hombre que entiende mucho sobre el perdón. Desafortunadamente, no siento que sea así.

Es cierto que cuatro de los seis guerreros indígenas que mataron a mi querido padre de una manera violenta, llegaron a ser buenos amigos míos. Más aun, los considero parte de mi familia. (De los seis del grupo que participaron en la matanza, el quinto murió antes de que pudiera conocerlo, y el sexto, no tuve la oportunidad de conocerlo bien).

El milagro de esta historia, de hace más de sesenta años, no es que yo los pude perdonar. Si hubo un milagro, más bien fue que Dios me dio un gran amor por ellos. De guerreros salvajes, Dios los convirtió en hombres humildes y amorosos. Fui bautizado por ellos, e inclusive uno de ellos me ha tenido y tratado como un hijo.

El secreto del perdón no es que nosotros nos convertimos en hombres y mujeres fuertes para perdonar. Más bien, es cuando reconocemos que Dios nos ha perdonado, y esto produce en nosotros una reacción de gratitud. El verdadero poder es darnos cuenta que Dios nos ha perdonado muchísimas maldades, y ahora podemos mostrar nuestra gratitud por esa misericordia, perdonando a los que nos pueden llegar a lastimar u ofender.

Hay un patrón de conducta que dice: “Como uno es tratado, va a tratar a los demás”. Y para muchos es verdad. Más para el seguidor de Jesucristo, existe otra verdad, la cual debe ser vivida y expresada: “Quien ha recibido el perdón de Dios, practica el perdón con los demás”.

Espero que las líneas que vienen a continuación en este libro – El Camino del Perdón Aplicado – nos sean de estímulo para ser uno de éstos que practican el perdón.

Steve Saint

Misionero entre los Waodani

Fundador de I-TEC (Centro de Tecnología y Educación de los Pueblos Indígenas)

Librense de toda amargura, furia, enojo, palabras ásperas, calumnias y toda clase de mala conducta. Por el contrario, sean amables unos con otros, sean de buen corazón, y perdónense unos a otros, tal como Dios los ha perdonado a ustedes por medio de Cristo. Efesios 4:31-32

Fundamentos

Esta pequeña obra ha sido realizada con el fin de animar, ayudar y edificar a nuestros amigos, quienes comparten con nosotros muchos de los mismos valores fundamentales de la vida de un discípulo de Jesucristo. En las siguientes líneas analizaremos el precepto fundamental del perdón aplicado, utilizando tres perspectivas.

Aunque hay una gran variedad de pensamientos relacionados con el principio del perdón, parece que algunos son básicos y fundamentales para la vida de todo individuo que realmente ha “nacido de nuevo”. Debemos tener sumo cuidado de evitar la formación de una brecha entre nuestro entendi-

miento intelectual sobre el perdón y su verdadera aplicación.

El asunto sobre el perdón tiene muchas facetas. Es un tema relacionado con enormes bendiciones, pero también se presta para tremendas discordias, muchas veces debido al egoísmo del ser humano.

Podemos tener la tendencia de mantener un punto de partida egocéntrico al pensar en el perdón. Una de las manifestaciones de eso, es la frecuencia con que el tema nos lleva a considerarnos a nosotros primero como los ofendidos (víctimas), y a los demás como los ofensores, en vez de considerar lo opuesto; vernos a nosotros como los que hemos ofendido a los demás. Si la humildad no es manifestada por encima de los sentimientos, es difícil, o imposible encontrar la reconciliación.

En gran parte, la sociedad se mueve por los sentimientos. Para mucha gente, incluyendo a muchos supuestos “seguidores de Dios”, sus sentimientos determinan todo. Hay individuos que *se sienten* ofendidos por cualquier cosa y

ese “sentir” se convierte en una amargura que les controlará el resto de sus vidas.

Debemos enfatizar aquí la palabra “*sentir*”. Pues si uno NO se *siente* ofendido, aunque el “ofensor” debe pedir perdón por cualquier comportamiento incorrecto, no hubo una ofensa. Quizás fue “ofensivo”, pero su compañero no lo tomó como ofensa. Entonces tal vez no hubo una ofensa delante de los hombres, aunque quizás delante de Dios sí. Además, donde hay pleno amor, aunque las agresiones, faltas u “ofensas” pueden tener (o no) la intención de lastimar, el amor no les permite que sean tomadas como “ofensas”, y éstas entonces no pueden convertirse en resentimiento.

Por otro lado, encontramos un espejo que nos muestra que en realidad todos y cada uno de nosotros somos “ofensores”. A causa de la inmadurez, tenemos la tendencia a pensar sobre el tema del perdón con una óptica en la que siempre somos “el ofendido”. La madurez nos pedirá abrir nuestra perspectiva para considerar dos cosas. Primero: lo importante no

es si me siento ofendido o no; sino si el otro se siente ofendido. Segundo: es la necesidad de tomar la iniciativa para buscar la reconciliación.

Lo importante aquí no es ver quién tiene la razón y quién no, sino más bien, quién buscará la reconciliación. El gran impedimento en el proceso de la reconciliación es casi siempre lo mismo, el egoísmo y el orgullo.

Mientras exista la arrogancia y el individualismo, veremos que el ofensor siempre, y sin falta, buscará justificaciones para protegerse y defenderse. Pero aquí encontramos un misterio y una gran contradicción: si el individuo ofendido es una persona egoísta y orgullosa, en poco tiempo se convertirá en la misma persona que desprecia. Se convertirá en “el ofensor”, pues la naturaleza misma del egoísmo y/o el orgullo es ofensiva a Dios y a la gente.

Por lo tanto, aquí vemos que la supuesta “ofensa” de un individuo puede revelar el egoísmo u orgullo en el otro. Quizás este

individuo no revelaba ningún egoísmo u orgullo antes de “sentirse ofendido”. Sin embargo, la supuesta ofensa termina sacando a la luz problemas fundamentales en su vida, incluyendo el egoísmo. ¡Entonces, en este caso, aunque “el ofensor” está mal, “el ofendido” de ninguna manera debería culparlo por haberle revelado que él también está mal!

Tanto en nuestras iglesias como entre los equipos misioneros, el asunto sobre el perdón es fundamental. Pero lo que se necesita no es más información sobre el tema, ni otros estudios bíblicos sobre el amor y el perdón, u otros temas similares. La verdadera necesidad que tenemos es de aplicar de manera real los preceptos del perdón en nuestro diario vivir. ¡Tendremos que conectar la cabeza con los pies para tomar este camino del perdón aplicado!

Las tres perspectivas que veremos en estas páginas sobre el perdón aplicado tienen el objetivo de ofrecernos una manera distinta para pensar sobre estas cosas. Esto nos puede llevar a definir mejor nuestra convicción en cuanto a la vida cristiana.

En las siguientes páginas, les compartiremos unas experiencias e historias personales sacadas de nuestro contexto misionero transcultural junto con tres breves meditaciones. Veremos tres perspectivas y tres textos sobre el perdón aplicado.

Quizás algunos de ustedes que están leyendo estas líneas han mantenido resentimiento, rencor y amargura por años. Otros posiblemente están luchando, “esperando el momento” para perdonar a alguien, o para pedir perdón. Algunos de los lectores tendrán un “encuentro” con Dios al considerar las implicaciones de ciertos fundamentos encontrados en Su Palabra. Aquellos que decidan aplicar estos preceptos se encontrarán a la puerta de grandes tesoros.

En nuestras congregaciones, ya sea en las grandes ciudades, en los barrios o en los pequeños pueblos, así como también en nuestros equipos misioneros que se encuentran en aldeas aisladas, se requiere de cada persona seguidora de Cristo no sólo saber intelectualmente sobre el perdón, sino también practicar y

vivir el camino del perdón aplicado.

Escribimos estas líneas para nuestros amigos, compañeros y consiervos. Debemos animarnos los unos a los otros a vivir en El Camino Del Perdón Aplicado. ¡Ánimo!

Rick (Ricardo) y Eunice Johnson

EL CAMINO DEL PERDÓN APLICADO

Tres Perspectivas de Un Solo Precepto

El CÓMO del Camino del Perdón

Todo hombre y mujer “nacido de nuevo” debe entender la importancia de CÓMO manejar los siguientes tres asuntos:

1. Cómo perdonar a otros.
2. Cómo buscar y pedir perdón.
3. Cómo recibir el perdón.

Estos tres fundamentos están entrettejidos. De alguna manera los tres deben estar presentes en la mente de todo seguidor de Jesucristo sin importar si en cualquier momento se siente como la persona ofendida, o si se encuentra siendo el ofensor. En muchos casos, las mismas personas que sienten que han sido ofendidas, a su vez, también han ofendido. Entonces las tres dinámicas descritas arriba aplican a cada uno de los involucrados.

Veremos a continuación tres perspectivas sobre el perdón. Pero antes de introducir la primera perspectiva les compartiré una historia.

Una historia del programa de discipulado

Ya han pasado casi tres décadas desde esa oscura noche, pero me acuerdo de esa experiencia como si fuera ayer. Ocurrió en un contexto extraño. Esa noche marcó una determinación, y con ella una serie de consecuencias.

A lo largo de varios años, dediqué una buena parte de mi tiempo a un contexto de discipulado que incluía varias etapas programadas. Cada año llevaba un equipo de entre dos a cuatro jóvenes por este proceso de discipulado. La primera etapa era llevar a los chicos conmigo para participar y aprender en nuestros ministerios en el bello país de México.

Los equipos en la primera etapa — México

Los chicos que me acompañaban vivían, servían y aprendían en los diferentes lugares donde nuestro ministerio trabajaba. Además de tener el privilegio de ayudar y servir en algunas comunidades, incluyendo el basurero municipal de Tijuana, donde había un asentamiento muy grande, los equipos tuvieron

tareas de aprendizaje que les dejé. Debían aprender el idioma, la cultura y sobre la vida en situaciones de pobreza extrema.

Los maestros en esta primera etapa eran los mismos aldeanos de la comunidad del basurero, individuos que vivían y trabajaban en la basura.

Tuvimos otros maestros entre ellos incluyendo también a unos cuantos jóvenes huérfanos, igualmente pastores y misioneros. Todos formaron parte importante en nuestras vidas.

Algunos de los propósitos en esta etapa eran ampliar nuestra visión y nuestro entendimiento de las necesidades que hay en el mundo. Además, yo quería conocer bien a cada uno de los miembros de mis equipos; observar sus actitudes al estar luchando, sirviendo, creciendo y aprendiendo. Por las mañanas y por las noches, cada uno compartía de lo que estaba aprendiendo de la Palabra y charlábamos acerca de muchas cosas. A lo largo de las semanas también practicábamos diferentes disciplinas para aprender y crecer.

Al concluir esta etapa del discipulado en México, en un contexto donde estábamos siempre en medio de mucha gente, actividad y movimiento, venía un gran contraste.

La segunda etapa se llevó a cabo en los arroyos desolados de una parte aislada del desierto de California, ¡a medio verano!

Pruebas y entrenamiento en el desierto

De México, pasamos al norte de la frontera para seguir con nuestro tiempo como equipo, ahora en el desierto. Al llegar al lugar y apagar el motor de la camioneta 4x4, uno puede sentirse abrumado por el silencio penetrante. Aquí, con la ayuda de un amigo militar, nos trazamos una meta de “quebrantar” el ego en cada uno de nosotros: toda arrogancia, independencia, orgullo y soberbia. ¡Una semana sin bañarnos, bajo el intenso calor del sol, trabajando juntos, participando en actividades extremas, hasta acabar con las fuerzas de cada uno!

Sin saber los chicos de antemano, cada uno de los ejercicios, y los largos recorridos por los

arroyos entre otras actividades en equipo, no eran para animarlos en su resistencia, sino más bien eran para acabar con sus fuerzas. Cada día íbamos hasta nuestro límite, y luego un poco más, hasta que uno a uno caíamos rendidos.

Cada año veíamos esta hermosa dinámica en cada equipo. Quizás hoy yo me quedé tirado y no pueda seguir ni un paso más. La dinámica de este entrenamiento era: Tú me cargaste porque somos un equipo. Yo no pude, pero tú sí. Pero quizás mañana, en otra actividad, a ti se te llevará cargando. Aquel que fue levantado y cargado primero es él que ahora te extiende la mano y el hombro para sostenerte y cargarte.

Estas dinámicas nos permitieron experimentar una humildad genuina compartida, y a la vez aprender a ser agradecidos por nuestros compañeros, y a cómo tratarlos. De madrugada cada quien tomaba su tiempo a solas con Dios hasta el amanecer. Luego continuábamos con el día quebrantador, difícil, extremo, e imposible. Al bajar el sol, nos sentábamos en

un médano para aprender y ser desafiados por la Palabra del Dios vivo, agradecerle y adorarle.

A lo largo de los años en esta etapa en el desierto tuvimos excelentes experiencias; tiempos humillantes como también edificantes.

Al salir del desierto, pasamos por un lugar en las montañas donde pudimos subir a pie hasta las cabeceras de unos manantiales para tomar un baño y refrescarnos. Allí pasamos la noche. Temprano por la mañana salimos en la camioneta, unas ocho horas hasta llegar a la propiedad de unos amigos en la sierra. En ese lugar, en el bosque, pusimos nuestro campamento, durmiendo al aire libre bajo las estrellas y pinos.

Capacitación – funcionando en equipo

Aquí, en la tercera etapa del programa, los propósitos giraron hacia la edificación y fortalecimiento del equipo. También queríamos ver en cada uno el desarrollo de sus dones, su carácter y varias disciplinas.

Muchas de las dinámicas que implementamos desde la primera etapa de este discipulado son

las mismas cualidades que debemos encontrar funcionando en nuestras congregaciones, incluyendo la dinámica del perdón aplicado. ¡Y el vivir en equipo siempre presenta muchas oportunidades para pedir perdón y perdonar!

Nos enfocamos en prácticas que edifican más la comunión, la unidad, el servicio, la humildad, y la preocupación por los demás. En esta tercera etapa, tuvimos además una capacitación práctica, donde se enseñaba a los chicos cómo operar un aserradero portátil de motosierra. El hermano Jeff Huckabone y yo habíamos usado otro igual durante varios años en las selvas de Sur América construyendo casas y otras obras para los equipos misioneros.

Cada año vivíamos las mismas experiencias, pero con equipos diferentes. Esos tiempos viviendo, aprendiendo, sirviendo y trabajando juntos me han dejado muy gratas memorias.

Sigo llevando a cada uno de los chicos en mis oraciones y eso refresca mis recuerdos de todos ellos. Tuvimos muy pocos eventos que

fueron “desagradables”. Aunque pocos, quizás en la mayoría de éstos, si hubo un culpable, ese culpable fui yo.

Por la excelente actitud y el carácter de cada miembro de los distintos equipos, pudimos enfrentar cada circunstancia y cada reto. Tanto en México, como en el desierto, en las montañas y luego en la siguiente etapa, en las selvas amazónicas, en cada prueba y en cada dificultad, todo pudo resolverse bien. Bueno, debo decir “casi todo”.

Las experiencias anticipadas y las inesperadas
Hemos pasado por muchas experiencias en cada etapa de este proceso, algunas esperadas, y algunas no. Al parecer, la etapa donde vivimos más cosas de las inesperadas fue mientras estábamos en la selva.

Los miembros de los equipos pasaron por diferentes experiencias, enfermedades e infecciones incluyendo llagas, hepatitis y malaria. En la lista podemos incluir: el día que nos topamos con un jaguar en la selva, o cuando uno de los chicos cayó al agua cerca

de donde estábamos cortando madera y fue arrastrado sobre una cascada. En una ocasión uno de los miembros del equipo fue agarrado por una fuerte corriente en el río que lo jaló debajo de las piedras. En otra, tuvimos un encuentro extraordinario con un brujo de una tribu que nos encontró en la selva. Podemos mencionar también las experiencias comunes y corrientes como los encuentros con las serpientes venenosas, aventuras inesperadas en la cacería de noche y muchas más en los trabajos, entre otras.

Aunque inesperadas algunas de las cosas vividas, la gran mayoría cabían dentro de “la naturaleza” de los lugares donde trabajamos. Pero la experiencia que tuvimos de “la noche del perdón negado” fue una de las que jamás esperaba vivir.

La cuarta etapa del discipulado consistía en llevar a los equipos a vivir en una aldea indígena. Normalmente eran lugares donde la misión quería abrir una obra nueva.

Nuestra meta en sí no era la de “llevar a cabo un proyecto”, sino más bien, por medio de nuestro trabajo, “ganar” el privilegio de estar en el lugar, vivir con los indígenas, conocer su cultura y aprender lo que se requiere para realizar un trabajo de discipulado transcultural.

Aquel año fuimos a una comunidad indígena donde la gente vive entre una zona selvática y la sabana. En ese equipo tuve cuatro chicos. Colgamos nuestras hamacas en un rinconcito de la pequeña agrupación de chozas indígenas.

Nuestra rutina allí comenzaba levantándonos muy de madrugada. Cada uno salía de la aldea en la oscuridad para tener un tiempo a solas con Dios, ¡antes de que aparecieran los millones de zancudos al amanecer! ¡Pues cuando salían, era toda una guerra para hacer cualquier cosa! Entonces después del tiempo devocional, teníamos una breve reflexión de la Palabra todos juntos. Luego seguíamos con nuestro desayunito y después salíamos corriendo al lugar en la selva donde estábamos

cortando madera.

Al terminar los trabajos de cada día, regresábamos a la aldea indígena para tomar nuestra ropa y jabón, y seguir un camino como a diez minutos de distancia para llegar a una laguna para bañarnos y lavar la ropa. Eso lo hacíamos con prisa porque casi al bajar el sol, los zancudos saldrían otra vez, ¡y con una furia impresionante! Al terminar de bañarnos en la laguna, estaríamos refrescados, pero ahora tendríamos que correr rápido, sin parar, entre una neblina de zancudos para evitar ser consumidos por ellos. ¡Entonces así llegaríamos todos sudados a la choza necesitando otro baño! Esa era la rutina diaria.

EL CAMINO DEL PERDÓN APLICADO

Primera Perspectiva

La Noche del Perdón Negado

Desde el principio en la primera etapa, dos de los chicos del equipo tuvieron pequeños roces. No parecía gran cosa. Quizás fue una deficiencia mía al no verlo como algo más grande desde el comienzo. A lo largo de cada etapa, Timoteo y Teo tuvieron pequeñas diferencias y desacuerdos. Posiblemente el estrés de toda la experiencia transcultural junto con todo lo demás ayudó a sacar a la luz las cosas.

Un día, después de nuestros trabajos, pasamos por la choza para recoger el jabón y la ropa; y seguimos como siempre a la laguna. Todo parecía normal. Después de bañarnos, regresamos corriendo a la choza. Comimos juntos y luego tuvimos nuestra reunión de equipo. Después de acomodar nuestras cosas para el siguiente día, cada quien se metió debajo de su mosquitero a acostarse.

Como siempre, antes de dormir, tomamos un tiempo para orar juntos. Todo estaba bien y tranquilo.

Terminamos de orar y soplé la vela. Ahora todo estaba oscuro y en silencio, con excepción de los pajaritos de la selva, y los zancudos haciendo todo lo posible para penetrar nuestros mosquiteros. Estábamos casi dormidos cuando Timoteo habló.

“No quiero ser hipócrita”

“Ya no puedo seguir así. Ustedes saben que Teo y yo hemos tenido conflictos. No quiero seguir más así. Esta noche le quiero pedir perdón”.

Hubo una pausa y luego le dirigió la palabra a su compañero y le dijo: *“Hermano Teo, reconozco todo lo que he hecho; también sé que esto ha provocado problemas y desacuerdos entre nosotros. Lo siento. Perdóname”.*

Era una noche totalmente oscura. Ni siquiera brillaba la luz de la luna. Todo quedó

en completo silencio. Me quedé esperando. ¿Será que Teo se quedó dormido tan rápido y no lo escuchó? De nuevo Timoteo rompió el silencio y lo llamó voz baja diciéndole: *“Teo, mi hermano, ¿me perdonas?”*.

El silencio nos cubrió como una espesa neblina. Después de unos segundos que parecieron durar un largo rato; Teo le respondió: *“No voy a ser hipócrita. ¿Para qué te voy a decir que te perdono si no es de corazón? Debo ser honesto. ¡Qué no!”*

Esa noche fue “la noche del perdón negado”. No hubo más palabras. Lo último que escuché fue a Timoteo llorando debajo de su sábana. Me quedé pensando y reflexionando hasta muy noche. Por la mañana nos despertamos muy de madrugada como siempre. Yo quería charlar con Teo antes de iniciar nuestras actividades del día. Prendimos una vela y nos levantamos para ir cada quien a su rinconcito de estudio.

Al salir Teo de la choza con su lámpara de mano, yo lo seguí a una distancia en la

oscuridad. Al llegar al lugar, Teo se sentó en un tronco de árbol. Cuando lo alcancé, le pregunté si podríamos charlar, y me senté a su lado. Teo estaba muy tranquilo, pero sabía de lo que le quería hablar. Le pregunté sobre lo que había sucedido con Timoteo. Teo repitió algo parecido a lo que había dicho en la noche. No quería ser hipócrita y decirle a Timoteo que lo perdonaba si en realidad no era así.

El perdón aceptado y el perdón retenido

Después de hablar sobre varias cosas, le pregunté a Teo si le parecía bien recibir el perdón de Dios por todo lo que él había hecho mal en su vida, y no perdonar a Timoteo por unas pocas cosas realmente insignificantes. Hablamos de lo grande que es el perdón de Dios hacia cada uno de nosotros, y hacia él mismo específicamente. También hablamos sobre nuestra obligación de perdonar a los demás.

Teo estaba totalmente de acuerdo. Sin embargo, se quedó pensativo y luego respondió diciendo: *“Sí. Claro que recibo el perdón de*

Dios por todos mis pecados. Eso sí, pero debemos ser honestos. Pues no quiero ser hipócrita y por eso no lo he perdonado porque no está en mi corazón hacerlo”.

Tantas experiencias compartidas: sirviéndonos los unos a los otros, viviendo y trabajando en equipo, compartiendo y tomando la Cena del Señor juntos, el compañerismo, unidos en un mismo sentir, un mismo propósito, y demás. ¡Tantas buenas experiencias! Sin embargo, ante la oportunidad de buscar una reconciliación, no encontró en su corazón la manera de hacerlo. Para Teo, no era hipocresía aceptar el perdón de Dios por todas sus ofensas, y a la vez retener el perdón que su hermano le pedía por las suyas. Para Teo no era un asunto de perdonar o no, sino más bien era un tema de honestidad e hipocresía.

**Jesús enseña sobre el dar a los necesitados,
sobre la oración y sobre el ayuno**

Ahora, para aprovechar al máximo el tiempo que estás invirtiendo en esta meditación, te invitamos a tomar tu Biblia, y otras dos o tres Biblias más de diferentes versiones si las

tienes. Vamos a leer en Mateo capítulo 6. En muchas de las Biblias contemporáneas, los capítulos tienen subtítulos para enmarcar sus temas principales. Por supuesto, dichos subtítulos fueron agregados después y no son parte de la Escritura original.

Entre los versículos 1 y 18, muchas de nuestras Biblias agregan encabezados para separar los tres temas sobresalientes. Dependiendo de las Biblias que estés manejando, te darás cuenta de que antes del primer versículo del capítulo 6 hay un subtítulo. Este subtítulo puede aparecer un poco diferente en cada Biblia.

Encabezando los versículos 1-4, se puede ver un subtítulo que dice algo como: “Enseñanza acerca de dar a los necesitados”, o “Jesús enseña sobre la piedad”, o “Ayudando a los necesitados”, o quizás “La práctica de la vida del reino, con relación a la limosna”. Ahora, al leer los versículos 1-4, se ve la enseñanza de Jesús relacionada con este tema.

Si tu Biblia no tiene estos subtítulos, el resultado es el mismo. Pero si aparecen estos

“encabezados” en algunas de tus Biblias, pueden servir para resaltar la importancia de un punto que queremos enfatizar más adelante en las Escrituras. ¡Ánimo!

Ahora pasamos al siguiente tema, encabezado por otro subtítulo antes del inicio del versículo 5. Aquí podrás encontrar algo como: “Enseñanza acerca de la oración”, o “Jesús enseña a orar”, “La oración” o quizás “La práctica de la vida del reino, con relación a la oración”. Si sigues leyendo en los versículos 5 al 15, encontrarás varios puntos en esta enseñanza sobre la oración.

La última parte que vamos a considerar como contexto son los versículos 16-18. Aquí el encabezado puede leerse algo como: “Jesús enseña sobre el ayuno”, “Ayunando” o “La práctica de la vida del reino, con relación al ayuno”. Al leer estos versículos, vemos la enseñanza de Jesús acerca del ayuno.

Lo que queremos apuntar con todo esto es el contexto de la enseñanza de Jesús. Una vez que tenemos establecido el contexto, el

enfoque principal de Jesús en su enseñanza saldrá resaltado.

La enseñanza de Jesús resaltada

Ahora, antes de seguir con la lectura de este librito, toma unos minutos para leer completamente: Mateo 6:1-18.

JESÚS ENSEÑA SOBRE TRES PRÁCTICAS DE PIEDAD

¹No hagan sus buenas obras delante de la gente sólo para que los demás los vean. Si lo hacen así, su Padre que está en el cielo no les dará ningún premio.

1. Sobre la limosna

²Por eso, cuando ayudes a los necesitados, no lo publiques a los cuatro vientos, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que la gente hable bien de ellos. Les aseguro que con eso ya tienen su premio. ³Cuando tú ayudes a los necesitados, no se lo cuentes ni siquiera a tu amigo más íntimo; ⁴hazlo en secreto. Y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu premio.

2. Sobre la oración

⁵ Cuando ustedes oren, no sean como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea. Les aseguro que con eso ya tienen su premio. ⁶ Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre en secreto. Y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu premio. ⁷ Y al orar no repitan ustedes palabras inútiles, como hacen los paganos, que se imaginan que cuanto más hablen más caso les hará Dios. ⁸ No sean como ellos, porque su Padre ya sabe lo que ustedes necesitan, antes que se lo pidan. ⁹ Ustedes deben orar así:

“Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre.

¹⁰ Venga tu reino.

Hágase tu voluntad en la tierra,
así como se hace en el cielo.

¹¹ Danos hoy el pan que necesitamos.

¹² Perdónanos el mal que hemos hecho,
así como nosotros hemos perdonado a
los que nos han hecho mal.

¹³ No nos expongas a la tentación, sino líbranos del maligno”.

¹⁴ Porque si ustedes perdonan a otros el mal que les han hecho, su Padre que está en el cielo los perdonará también a ustedes; ¹⁵ pero si no perdonan a otros, tampoco su Padre les perdonará a ustedes sus pecados.

3. Sobre el ayuno

¹⁶ Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como los hipócritas, que aparentan tristeza para que la gente vea que están ayunando. Les aseguro que con eso ya tienen su premio. ¹⁷ Tú, cuando ayunes, lávate la cara y arréglate bien, ¹⁸ para que la gente no note que estás ayunando. Solamente lo notará tu Padre, que está en lo oculto, y tu Padre que ve en lo oculto te dará tu recompensa.

Podemos observar que quizás “las ayudas” de los encabezados no siempre nos orientan de la mejor manera. ¡De hecho, aquí parecen desenfocar al lector del contexto bíblico!

¿Ahora te diste cuenta que, aunque Jesús sí habla sobre el dar a los necesitados en los versículos 1-4, que este no es su enfoque? El punto principal no es en cuanto al dar ¡sino en no ser hipócrita! La exhortación sobresaliente se encuentra en el versículo 2 – “Por eso, cuando ayudes a los necesitados, no lo publiques a los cuatro vientos, como hacen los hipócritas...”. El enfoque principal de Jesús en estos versículos es de no ser hipócrita en el servicio.

Ahora pasamos a los versículos 16 al 18. Aquí vemos claramente que el enfoque de Jesús no está tanto en el ayuno, sino más bien en la hipocresía. Empieza esta porción con las palabras del versículo 16 – “Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como los hipócritas...”.

Ahora consideremos algo aparentemente curioso. ¿Por qué está Jesús enseñando sobre la oración en medio de un contexto de estas dos exhortaciones relacionadas con la hipocresía? Aquí, en medio de este contexto, encontramos la oración más conocida

o repetida en todo el mundo: “*El Padre Nuestro*”. Pero antes de ofrecer Jesús este “modelo” de oración, otra vez encontramos una exhortación relacionada con la hipocresía. ¿Qué tiene que ver la oración con este contexto?

¿Una enseñanza sobre la oración o en cuanto a cómo pensar?

Quizás debemos considerar de nuevo el contexto si queremos lograr entender el significado de la enseñanza. Jesús abre esta porción en el versículo 5 con la fuerte exhortación: “Cuando ustedes oren, *no sean como los hipócritas...*”.

Hay varios puntos importantes en los versículos 5 al 8 que, aunque relacionados con lo que estamos viendo, los tendremos que dejar para otra ocasión debido a nuestros objetivos aquí.

Entonces, de esta exhortación, pasamos al versículo 7 donde dice: “Y al orar no repitan ustedes palabras inútiles como hacen los paganos...”. Luego, en el versículo 9, llegamos

a la famosa oración, del “*Padre Nuestro*”. En el versículo 9, Jesús dijo: “*Ustedes deben orar así: ...*”.

Hay una gran riqueza espiritual en las siguientes palabras de esta oración (versículos 9 al 13). No tenemos espacio aquí para entrar en los numerosos puntos. Sin embargo, te invitamos a no soltar el hilo principal del contexto que hemos ido revisando juntos: La exhortación de Jesús con respecto a la hipocresía. Vemos a Jesús enfatizando la hipocresía en tres esferas: la hipocresía relacionada con el dar, con la oración y con el ayuno. Ahora te invitamos a leer en voz alta “la oración”, versículos 9 al 13.

¿Leíste todo en voz alta? ¡Quizás lo pudiste repetir de memoria! Muchos de nosotros hemos oído estas palabras muchas veces, pero tal vez sin pensar mucho en *el contexto*, un contexto que nos exige pensar y razonar, y no sólo enfocarnos en la repetición de palabras. ¿Dijiste “amén” al final de la oración?” ¿Lo dijiste de corazón?

Pensando antes de hablar (orar)

La Palabra nos invita a razonar, a pensar, no a seguir reglas ciegamente, liturgias y mandatos, o buscar fórmulas. En esta oración (versículos 9-13), algunos pueden encontrar más de doce puntos maravillosos y sobresalientes. Pero el contexto alrededor de esta parte de la Escritura es sobre la hipocresía. Jesús no está enfocándose en una enseñanza sobre el dar a los necesitados, el ayuno, ni tampoco la oración. Entonces con esto en mente, seguiremos con dos preguntas.

Primera pregunta: ¿Honestamente, con toda sinceridad, realmente quieres pedirle a Dios que te perdone *de la misma manera* que tú has perdonado a otros? ¿Tu perdón es tan ejemplar, limpio, perfecto, y sin ningún reproche como para tener la valentía de decirle a Dios: “Perdónanos el mal que hemos hecho, *así como nosotros hemos perdonado* a los que nos han hecho mal.”? O para decirlo de otra manera: “Perdónanos nuestras deudas, *como también nosotros perdonamos* a nuestros deudores”.

La mayoría de los lectores, si no todos, dirían que: *“De ninguna manera quiero que Dios me perdone de la misma forma imperfecta que a veces he ‘perdonado’ a otros. ¡No! ¡Orar así sería una hipocresía! Mejor voy a orar así: ‘Perdóname el mal que he hecho, y ayúdame Dios a perdonar a los demás de la misma manera que tú me has perdonado’”*. ¡Ahora sí, ahora estamos más alineados en el camino del perdón aplicado!

Si no estás tan convencido de que en realidad Jesús está tratando de inspirar a sus oyentes a pensar y razonar, y no sólo a repetir unas cuantas palabras, entonces pasamos a una segunda pregunta.

La segunda pregunta: ¿Por qué, de todos los puntos observados en la oración, (versículos 9-13), al final, solamente el punto sobre el perdón es enfatizado (versículos 14-15)? Ahora vemos con mayor claridad que Jesús estaba pensando en el problema de la hipocresía cuando enfatizó esta última parte.

Hay quienes les gusta hacer profundos estudios teológicos, buscando sacar impresionantes temas doctrinales, por ejemplo acerca de aquellos puntos en estos últimos dos versículos donde hablan de un aparente “perdón condicional” (“...*si no perdonan a otros, tampoco su Padre les perdonará a ustedes sus pecados*”). Pero aquí no es necesario ni correcto exhibir o intentar desarrollar un tema doctrinal sacado del contexto sobre la hipocresía. El punto es simplemente: “perdonar de la misma manera que han sido perdonados”. Si no soltamos el hilo de la enseñanza en su cuadro integral, podremos ver el sentido de las palabras de Jesús; palabras de vida, de verdad, y de transformación y poder.

Entonces pediremos a Dios Su perdón, Su gracia y Su misericordia. Pero no seamos hipócritas al esperar recibir la plena gracia de Dios sobre nosotros cuando no hemos perdonado a otros. Este es el camino del perdón aplicado: El perdón es dado por Dios en abundancia, pero también se nos exige perdonar.

Uno puede y debe perdonar sin importar si lo “siente” en su corazoncito o no. No es hipocresía perdonar a alguien cuando uno no siente hacerlo, sino más bien, la hipocresía es esperar recibir perdón o estar agradecido por un perdón recibido mientras se retiene el perdón hacia los demás.

EL CAMINO DEL PERDÓN APLICADO

Segunda Perspectiva

¡Tengan Cuidado!

Ahora pasamos a Lucas capítulo 17. Te invitamos a leer el versículo 3. Aquí Jesús está enseñando a sus discípulos.

“¡Tengan cuidado! Si tu hermano peca, repréndelo; pero si cambia de actitud, perdónalo.”

¡No hay que ser un gran teólogo para imaginar lo que estaban pensando los discípulos de Jesús al oír esta parte de sus enseñanzas! *“¡Aquí estamos Señor! ¡Si alguien está en pecado, aquí estamos para reprimirlo! ¡Ánimo!”* Sin duda la segunda parte de este versículo, en cuanto al perdón, no les pareció tan emocionante como la primera.

Pero Jesús los estaba preparando para un proceso de aprendizaje. Este entrenamiento incluía la participación de los discípulos quienes tendrían que pensar y razonar como

parte de dicho proceso. Este mismo procedimiento puede ser provechoso para nosotros también, quienes deseamos abandonar la teoría para vivir en la vida real, en la práctica. ¡Este es el camino del perdón aplicado!

Después de estas palabras “palpables” del versículo 3, Jesús empezó a llevar a sus discípulos por un proceso de razonamiento. Al seguir, en el versículo 4, vemos a Jesús “apretándoles las tuercas” en cuanto a su criterio, para de esta manera revelar hasta qué punto sería para ellos “razonable” perdonar.

“Aunque peque contra ti siete veces en un día, si siete veces viene a decirte: ‘No lo volveré a hacer’, debes perdonarlo”.

¡Ahora sí, ahora estaban pensando! ¡Aquí Jesús les presenta no sólo la idea de algún hermano que ha pecado, sino algo mucho más amenazante! *“Contra ti siete veces en un día...”*.

Perdonar a alguien que “peca contra ti” una vez cada cierto tiempo sería razonable para

la mayoría, aunque no para todos. ¿Pero dos veces? ¿Aún dos veces en el mismo día? ¿Pero tres veces, y en el mismo día, ser ofendido por la misma persona? Los discípulos de Jesús se sintieron presionados con este nuevo concepto del perdón que para ellos era realmente irracional. Con esta enseñanza Jesús los había metido en un proceso que exigía su participación, la cual a su vez, requería pensar, analizar y razonar.

Nuestros queridos amigos, les rogamos entrar de lleno en este proceso también, pensando y razonando con nosotros. ¿Cuántas veces, realmente, podríamos esperar que alguien perdonara a la misma persona, en el mismo día? ¿Cuántas veces lo podrías hacer tú? ¿Dos? ¿Tres? ¿Hasta cuatro? ¿Conocemos a algunos que han manifestado que a lo mejor podrían hasta cinco veces en un mismo día! Pero hay que pensarlo bien.

Siete veces en un día, significaría que el individuo estaría cometiendo una ofensa aproximadamente cada hora y media durante

todo el día, y también pidiendo perdón por ella, ¡cada hora y media! ¡No habría un momento, ni siquiera para un cafecito, entre el momento de la ofensa y el momento en que el hermano llegaría otra vez tocando la puerta para pedirte perdón!

Bueno, sin ninguna duda los discípulos estaban asimilando las implicaciones de las palabras de Jesús y viéndolas como algo humanamente imposible de lograr. Quizás algunos de ustedes han llegado a la misma conclusión. Posiblemente algunos lectores estén pensando que aunque para el hombre esto es muy difícil, si el creyente tiene mucha fe, con la ayuda de Dios sí lo puede lograr. ¡Esto era precisamente lo que estaban pensando los discípulos!

Entonces respondieron los discípulos diciendo: *“Auméntanos la fe”* o *“Danos más fe”* (versículo 5). Era razonable y lógico pedirle a Jesús más fe para poder cumplir con esta exigencia tan pesada. Sin mucha fe sería imposible hacer tal cosa.

¡Al parecer, los discípulos aterrizaron en una buena lección para todo creyente: la importancia de la fe en todo! ¡Quizás muchos lectores están viendo esta lección: que ante los grandes retos de la vida, el seguidor de Dios debe ordenar sus prioridades, poniendo siempre en primer lugar la prioridad de aumentar su fe!

Un viaje por la selva amazónica

Hace varios años un amigo indígena y yo estuvimos viajando de una comunidad de su etnia a otras aldeas por varios ríos de la región amazónica, llevando con nosotros medicamentos y otros materiales. A este compañero indígena, le fue dado un nombre en español, “Jaime”. Jaime y yo enseñamos y ayudamos a la gente en algunas comunidades indígenas muy aisladas y distantes de la civilización.

La comunidad donde vive Jaime, está a varias horas en avioneta del pueblo más cercano. Desde aquel lugar emprendíamos nuestros viajes por río, viajando varios días hasta las aldeas más retiradas en las cabeceras, y de allí, a pie.

Después de dos días viajando por río, pasamos por una aldea a un lado del río, una comunidad que no habíamos contemplado visitar en ese viaje.

Desde lejos vimos a los hombres corriendo con sus arcos y flechas de la casa comunal hacia la orilla del río. Habían escuchado nuestro motor y salieron corriendo para llamarnos. Mi amigo se volteó a verme como para decirme: “ *siga de largo sin parar*”. Yo estaba pensando lo mismo, no bajar la velocidad del motor, y simplemente pasar. Pero al llegar más cerca, vimos a los hombres, emocionadísimos, alzando sus flechas al aire, gritando y obviamente molestos viendo que estábamos a punto de pasar de largo. Entonces le dije a Jaime, que pararíamos, pero solamente por un momento.

Al llegar a la orilla, apagué el motor. Para entonces había una gran multitud gritando, muy emocionados. “*¿A dónde van?*” nos preguntaron. Empezamos a explicarles que nos dirigíamos a unas comunidades más distantes, arriba de las cascadas. Mientras conversábamos

con ellos, era muy fácil notar que miraban por todo el bote para ver qué llevábamos. Empezaron a preguntar si teníamos algunos anzuelos e hilo para pescar, entre otras cosas.

Al ver que queríamos seguir nuestro viaje, sin darles nada, nos empezaron a advertir de los graves problemas y peligros río arriba a donde nos dirigíamos. Según ellos estaríamos en gran peligro, pues estas aldeas estaban en guerra, y los chamanes estaban muy activos. Nos exhortaron a quedarnos con ellos. Luego nos dijeron que toda la comunidad quería escuchar nuestro hablar sobre “Espíritu Grande” (Dios) e insistieron que no deberíamos seguir en nuestro viaje ya que en las otras aldeas río arriba seguramente nos matarían.

Para entonces Jaime me estaba haciendo señas para que nos fuéramos. Cuando Jaime nos soltó a la corriente, los hombres empezaron de nuevo a gritarnos cosas y a alzar sus flechas. Les respondí que si en realidad querían escuchar “el hablar del Espíritu Grande”, que después podríamos regresar y compartir con ellos. Entonces

arranque el motor y seguimos nuestro viaje.

Pasó el tiempo y por fin estábamos de regreso. Al bajar por el río, toda la comunidad escuchó el motor y fue corriendo al río para recibirnos (¡o más bien, para ver si teníamos algunos anzuelos!). Ya era tarde. Estábamos cansados y agotados, así que mientras ellos se sentaron en el barranco haciéndonos un sinfín de preguntas sobre la gente que habíamos visitado, Jaime y yo nos quedamos sentados en la lanchita.

Siguieron hablando animadamente cuando de repente me pareció ver algún movimiento arriba del barranco, a unos seis metros de nosotros. Pero cuando alcé la mirada, no vi nada. Pasaron unos segundos y me pareció ver lo mismo otra vez. Luego todos escuchamos unos gritos y en ese mismo instante, todos agarraron sus flechas y fueron corriendo hacia arriba. Entonces Jaime y yo fuimos detrás de ellos.

Al subir el barranco me di cuenta que en realidad si había visto algo ¡y “ese algo” era un

palo de unos tres metros de largo con el que una chica golpeaba a otra en la cabeza! ¡Era un pleito en pleno desarrollo! Entre la gente de esta etnia, los pleitos con palos de dos a cinco metros de largo es una práctica común. Así es cómo resuelven diferentes conflictos personales o comunitarios.

¡Cabezas partidas!

Las dos chicas habían recibido unos buenos golpes y la sangre corría de sus cabezas y de sus caras por sus pechos, espalda y brazos. La gente estaba gritándoles cosas mientras que muchos corrían hacia la casa comunal, regresando con más palos y flechas. El pleito se calentaba más todavía. Para entonces yo estaba contemplando quedarnos hasta la culminación de la discusión, con el fin de poder coser las heridas y las cabezas partidas de las personas lastimadas. Luego Jaime y yo seguiríamos río abajo para hacer nuestro campamento y pasar la noche a la orilla del río.

Me acerqué a Jaime y le pregunté qué pensaba. A él le pareció bien. Esperaríamos para ver que pasaba. En ese momento una de

las chicas le dio a la otra en la cabeza y se la abrió, dejando el cráneo al descubierto. La muchacha quedó tirada en el suelo. Mientras tanto, los demás gritaban, empujaban y levantaban sus propios palos. Algunos se pusieron alrededor del grupo, tensos con sus flechas. Agarraron a la muchacha herida y la pusieron de pie. Aunque media mareada, la aventaron hacia la otra y, “gracias a Dios”, por suerte, bajó su palo, que fue a dar justamente sobre la cabeza de la otra chica. ¡La suerte de su puntería terminó abriendo la cabeza de su rival de un lado a otro, además desgarrándole la oreja y fracturándole el dedo de una mano!

Ahora ambas tenían la cabeza abierta. Las dos estaban cubiertas de sangre. Las dos habían sufrido algunas otras heridas y golpes. La gente seguía gritando con rabia mientras veían a las dos chicas, ahora ambas estaban iguales, ensangrentadas y golpeadas.

En esta etnia, para tener una resolución culturalmente aceptable en este tipo y nivel de discusiones, los individuos involucrados

deben salir más o menos parejos. Si no, la riña puede seguir en aumento. Al ver que las dos chicas estaban más o menos igual de ensangrentadas, la tensión en el grupo fue disminuyendo. Todo eso es algo “normal”, ¡pero lo que sucedió después no!

Entonces Jaime tomó la palabra y anunció a toda la gente que si en realidad querían escuchar el hablar del Espíritu Grande, debían dejar sus armas, dejar de pelear, y en la sombra cerca de la casa comunal podríamos tener una charla con ellos. Era cómico cómo la gente miraba a las chicas, y luego se miraban los unos a los otros. Todos decían lo mismo: *“Sí, sí, sí. Vamos a dejar nuestras armas en la casa y dejar de pelear. ¡Ahora es tiempo para escuchar lo que nos van a compartir!”*.

Así que todos fueron tranquilamente a dejar sus palos y flechas, y se sentaron en un círculo para escuchar a Jaime. Yo me quedé con las dos chicas cosiéndoles sus cabezas, vendándoles sus otras heridas y acomodando el dedo fracturado.

Cabezas partidas – al estilo nuestro

Fue tiempo después, al regresar de Sur América a México, cuando un día estaba tratando con dos hermanos que estaban teniendo algunas dificultades. La situación y las actitudes de los hermanos me hicieron recordar aquel día con los indígenas. Ninguno de los dos hermanos quería perdonar al otro. Cada vez que uno le decía algo al otro, el otro le contestaba: “*que tú también...*”. Las actitudes de los hermanos de la iglesia me hicieron recordar el pleito de las dos chicas indígenas. ¡En la aldea no iba a reinar la paz hasta que la chica con su cabeza ya abierta pudiera “arreglar cuentas” con la otra, partiéndole la cabeza también!

Esa misma actitud la hemos visto entre hermanos en varios contextos, e incluso, vergonzosamente, en algunas reuniones. Quizás alguna vez ustedes también han visto de primera mano uno de estos escándalos. Puede ocurrir algo parecido a lo siguiente:

Una de las hermanas se pone de pie en el culto para “compartir un testimonio” diciendo:

“Esta mañana quiero compartir un testimonio para la honra y gloria de Dios. Ustedes saben que les he pedido oración para que el Señor me dé mucha fe y fortaleza para perdonar a alguien. También saben que hay alguien en nuestra congregación que tiene muy mal genio y que es muy mal educada. He sufrido muchas humillaciones por parte de esa persona. Pero no sólo yo, sino muchos de ustedes también”.

La señora hace una pausa mientras dirige su mirada llena de rabia hacia “esa alguien”. Luego suspira y sigue con su “testimonio”, “¡para la honra y gloria de Dios!”, mirando atentamente a la señora que desea humillar: *“No quiero parecer chismosa, entonces no les voy a decir el nombre de esa persona. Pero de verdad es una tonta. Esa hermana es una de las más imprudentes que he visto jamás en la vida. Es sumamente vanidosa, mentirosa, mal educada y necia. Me ha lastimado mucho, pero yo la puse en oración. Le pedí a Dios mucha fe para perdonarla.*

Bueno, quiero decirles que, gracias a Dios,

el Señor me dio la fe y fortaleza para perdonarla. Ya no tengo nada con esa hermana. Amén”.

Siempre es la misma cosa. La “sana doctrina” de cualquier persona puede ser recta y admirable. Sin embargo, en la práctica o en la función, puede llevar una forma reprobada y vergonzosa. Hay quienes llevan la idea de que en algún momento perdonarán, pero no sin antes hacer todo lo posible para lastimar a la otra persona. Tal como en la historia de la etnia amazónica y del pleito con los palos, podemos tener el deseo o el deber de perdonar, pero no sin antes lastimar lo más posible al otro individuo. ¡Quizás todos tenemos un poco de sangre de la etnia mencionada!

En muchos casos parece que la idea de “perdonar” no puede ser considerada hasta que los involucrados sienten que de una u otra manera los demás han sufrido también. *“Pues si a mí me lastimaron, el perdón no debe ser considerado hasta ver a los demás en semejante condición”.* La idea de simplemente perdonar, y perdonar varias veces, y hasta

numerosas veces en el mismo día es un pensamiento difícil y retador.

Aquel día descrito en Lucas capítulo 17, los discípulos pudieron ver que Jesús les estaba enseñando a perdonar a otros; ¡sin partirles la cabeza en el proceso! Pero lo que les decía no les pareció nada razonable: *“Aunque peque contra ti siete veces en un día, si siete veces viene a decirte: ‘No lo volveré a hacer’, debes perdonarlo”*.

Al ver que Jesús les pedía algo “extraordinario” que requería “una fe extraordinaria”, se dieron cuenta de su necesidad, la urgencia de tener más fe. Entendieron que para poder perdonar tanto, deberían ser hombres de mucha más fe. Para nosotros hoy, al considerar estas mismas palabras, también podemos llegar a esta misma conclusión lógica, que debemos perdonar, pero para perdonar tanto, debemos recurrir a Dios para buscar más fortaleza y mucha más fe.

¿Necesitamos más fe?

Entonces los discípulos le respondieron a Jesús

diciendo: *“Danos más fe”*. Luego vemos la contestación de Jesús en el versículo 6.

“El Señor les contestó: Si ustedes tuvieran fe, aunque solo fuera del tamaño de una semilla de mostaza, podrían decirle a este árbol: ‘Arráncate de aquí y plántate en el mar’, y les haría caso”.

Para muchos que han leído este texto antes, puede que hayan observado que, al parecer, Jesús ahora está cambiando de tema en su enseñanza. Parece que está pasando de hablar sobre el perdón, o el pecado, y ahora está enseñando sobre el tema de la importancia de la fe. Eso podría parecer una transición lógica, ya que sus discípulos acababan de pedirle más fe.

Antes de seguir con lo que estamos considerando, quizás nos ayudaría recordar la primera perspectiva de este libro. Allí estábamos contemplando la importancia de entender el contexto del pasaje que estamos estudiando.

Al ver el contexto de Lucas 17, nos damos cuenta que no hay ningún cambio en el enfoque de Jesús. Nos damos cuenta que Jesús sigue desarrollando el mismo tema sobre el perdón, pero aquí introduce algo muy importante para sus discípulos, un mensaje que quizás hemos pasado por alto en muchos de nuestros círculos cristianos de hoy. Si lo siguiente te suena duro, ¡ponte en las chancletas de los discípulos! ¡Para ellos sonaba más duro todavía!

Jesús va a corregir a sus seguidores en cuanto a una idea que tienen; la cual es muy parecida a lo que observamos en el día de hoy. Algunas personas piensan que antes de hacer cualquier cosa, uno debe “sentir paz en su corazoncito”. Si uno “no tiene paz” entonces debe orar hasta tener paz o más fe.

Pero lo que Jesús les está diciendo aquí es simplemente: *“¡No! ¡No necesitan tener fe para perdonar a alguien! Si tuvieran fe, aunque fuera solamente una muy pequeña porción, podrían hacer cosas grandes. Pero el perdonar no es nada grande, sino una de las*

cosas más elementales y básicas en la vida de un seguidor de Dios. No necesitan más fe, ni fortaleza, ni tiempo para orar, ni otras cosas semejantes. ¡Lo que se necesita es simplemente hacerlo!” ¡Este es el camino del perdón aplicado!

El perdón – una responsabilidad y no un asunto relacionado con la fe

Algunas de las cosas en la vida del creyente no tienen relación tanto con la “fe”, sino más bien, con “la vida normal”. No debemos “escudarnos” detrás de un manto de falsa espiritualidad para esquivar una responsabilidad básica. El perdón es un deber.

Todo lo demás que podamos decir para exonerarnos de la necesidad de perdonar, o de pedir perdón, son pretextos y justificaciones para pasar por alto una responsabilidad básica que como hijos de Dios tenemos. En este tipo de discusiones donde se busca cualquier justificación para esquivar el asunto del perdón, siempre lo que está detrás de toda la palabrería religiosa, es una especie de palo, y detrás del palo, el deseo de partir y

desangrar, de alguna manera, la cabeza de una o varias personas.

Debemos ser más honestos entonces. Cuando vemos algo parecido a la ilustración acerca de la señora dando su “testimonio” en la iglesia, echando indirectas a la otra, alguien con madurez debe decirle delante de todos los demás: *“Hermana, gracias por tu confianza en nosotros para pedir oración. Pero no podemos orar por ti hasta que hayas cumplido con tu obligación. Tienes que ir a perdonar a tu hermana y reconciliarte. Después, y con mucho gusto, podemos orar por ti y también dar gracias a Dios contigo”*. Hermanos, este es el camino recto, el camino del perdón aplicado.

El Señor Jesús continuó con su enseñanza, ahora usando una ilustración para enfatizar el punto de que el perdonar es una responsabilidad básica. Una vez más vamos a recordar que el contexto de la enseñanza nos llevará a entender el significado de ella. ¡Siempre el significado de una enseñanza es más importante que la enseñanza misma!

Entonces ahora seguimos con los versículos 7 al 10.

“Si uno de ustedes tiene un criado que regresa del campo después de haber estado arando o cuidando el ganado, ¿acaso le dice: ‘Pasa y siéntate a comer.’? No, sino que le dice: ‘Prepárame la cena, y disponte a atenderme mientras yo como y bebo. Después podrás tú comer y beber.’ Y tampoco le da las gracias al criado por haber hecho lo que le mandó. Así también ustedes, cuando ya hayan cumplido todo lo que Dios les manda, deberán decir: ‘Somos servidores inútiles, porque no hemos hecho más que cumplir con nuestra obligación’”.

Podemos ver con toda claridad que aquí, Jesús sigue hablando sobre el mismo tema: el perdón. No ha cambiado de enfoque. En la “parábola”, el siervo viene de haber cumplido con sus responsabilidades en el campo. Probablemente está cansado. Pero no es tiempo para sentarse a tomar un cafecito, ni de descansar para tener nuevas fuerzas, o para adquirir más fe antes de poder

continuar. No; todavía tiene algunas otras responsabilidades básicas que cumplir.

Entonces, como vemos en la “parábola”, el siervo pasa de una responsabilidad a otra. Esta es la vida normal de todo obrero de Dios. ¡El perdonar es una actitud normal para todo cristiano! Luego vemos que explícitamente dice: *“Y tampoco le da las gracias al criado por haber hecho lo que le mandó”* (versículo 9). El amo no le hace una gran fiesta por haber cumplido con lo básico de su trabajo. Hermanos, hay una gran lección para nosotros y para nuestras iglesias en esta enseñanza.

Hay personas en nuestras iglesias que no están bien con sus hermanos. Algunos ni desean la reconciliación. Algunos de ustedes, apreciados lectores, son casados, pero en su matrimonio hay conflictos que no han sido resueltos y la amargura se ha adueñado de ustedes. Algunos quizás tengan familia, pero en vez de compartir un hogar con sus hijos, sólo comparten una casa, un techo. Hay demasiadas familias en crisis y conflicto.

En mucho de lo mencionado uno puede descubrir una raíz, que apunta a ofensas que no han sido resueltas correctamente. Si éstas palabras encajan en tu situación, ya sea en tu vida personal, en tu matrimonio, en tu familia, o en tu iglesia, quizás hoy es el día de tomar un curso distinto, un camino nuevo.

No existe ninguna garantía que las cosas vayan a salir bien sólo por el hecho de que alguien haya escogido tomar el camino del perdón aplicado. Puede ser que en algunos casos, aun haciendo hasta lo imposible, puede que no haya reconciliación ni restauración. Conocemos de casos, y algunos los hemos vivido en carne propia, donde a pesar de todo intento y esfuerzo, y de insistir en el amor, la otra parte no se interesará en la reconciliación. Pero en cuanto a nosotros, debemos ser humildes e íntegros, y dedicarnos a vivir en estos preceptos.

El hijo de Dios íntegro no buscará esquivar este asunto del perdón. No tratará de escaparse de la necesidad de perdonar, o de buscar el perdón. El asunto del perdón quizás es uno de

los más complicados para el ser humano. Sin embargo, es fundamental y de máxima importancia para el que ha nacido de nuevo. No es un tema relacionado con la fe, sino con la mayordomía, la responsabilidad y una obligación básica. Este es el camino del perdón aplicado.

Cuando ya hayamos cumplido todo lo que Dios nos manda, debemos decir: “*Somos servidores inútiles, porque no hemos hecho más que cumplir con nuestra obligación*”.

EL CAMINO DEL PERDÓN APLICADO

Tercera Perspectiva

Ofrendas y Prioridades

La siguiente historia la comparto con ustedes, nuestros amigos, esperando que pueda servir de introducción a ésta, la tercera y última perspectiva que vamos a considerar relacionada con el precepto del perdón. Es una historia hecha de varias situaciones que hemos observado a lo largo de los años.

En una pequeña comunidad indígena, trabajaba un equipo misionero. El equipo, formado de tres familias, no tenía a nadie más con quien convivir en su propio idioma y cultura en ese lugar tan lejos de la civilización. A unos metros de sus casas estaba una corta pista por donde podría entrar la avioneta de la misión. Alrededor de la pista y las chozas de la comunidad estaba la densa selva que se extendía hasta el horizonte.

Pasaron los años y el equipo logró aprender la cultura de la gente y a hablar su idioma con

fluidez. Después de tantos años de arduo trabajo, estaban llegando a una meta muy importante: la de compartir la historia de Dios con la gente, empezando desde el principio, explicándoles el significado de la Palabra con toda claridad. ¡Qué privilegio! Nadie más en el mundo hubiera podido hacerlo, pues solo ellos habían aprendido el idioma de esta gente.

Para entonces, cada tantos meses recibían a uno o más de los distintos consultores de la misión para revisar el progreso en las diferentes áreas del trabajo y para ayudar al equipo. Los consultores llegaban en la avioneta de la misión a la pequeña pista en medio de la selva para pasar varios días trabajando de acuerdo a las necesidades de cada miembro del equipo. Siempre las visitas de los consultores estaban cargadas de mucha expectativa y emoción. ¡Pero una visita en particular fue mucho más allá de lo esperado!

Una visita más allá de lo esperado

Desde lejos se escuchó la avioneta. El día de la visita había llegado. Al aterrizar, bajó el consultor con sus cosas. Después de unos

minutos el piloto se fue, dejando al consultor con los misioneros en la pequeña comunidad, una etnia que estaba a la expectativa de escuchar pronto, y por primera vez, el mensaje del Creador.

Pasaron los días, y todos trabajaron duro con el consultor. Revisaron la traducción de textos bíblicos claves, la preparación de las lecciones bíblicas, y el desarrollo del programa de alfabetización. Todos dieron su mejor esfuerzo y parecían animados. El consultor, que además de ser un hermano con mucha experiencia y conocimiento en las diferentes etapas del trabajo transcultural, era un hombre con muy buena percepción y sabiduría práctica-espiritual. Casi terminando el tiempo de esta visita, el consultor tomó varias horas con cada familia por separado para dar un resumen de los avances observados, las necesidades y los trabajos hechos.

Al parecer, la suma de todas las evaluaciones y los comentarios fue de ánimo e inspiración para cada uno. Durante los días de la visita con el hermano consultor, los misioneros pudieron olvidar sus conflictos, los roces,

los desacuerdos y los malos sentimientos con sus compañeros.

Desde hacía varios años habían tenido luchas y conflictos los unos con los otros, pero cada uno trataba de vivir por encima de sus resentimientos con los demás. En realidad ese detalle, para el equipo, no tenía mucha importancia, pues todos estaban dispuestos a aguantar cualquier problema u ofensa para poder llevar a cabo el trabajo al cual sentían que eran llamados: el de presentar la Palabra de Dios a la gente y formar una iglesia entre ellos.

Entonces el enfoque y la visita del hermano consultor fueron de ánimo y bendición para todos. Para colmo, en las conclusiones que el consultor compartía con cada uno, ¡pudieron ver que de verdad estaban avanzando bien! ¡Estaban muy cerca de poder empezar la anticipada enseñanza bíblica en el idioma de esta gente monolingüe y no alcanzada!

Conclusiones sorprendentes

La noche anterior a su salida, el hermano

consultor le dijo al equipo que al día siguiente por la mañana, quería tener una reunión con todos. Entonces se reunieron con el hermano, todos muy animados. Una vez más, como en los días anteriores, el consultor volvió a enfatizar los buenos avances de cada uno, tocando varios detalles importantes. Les felicitó por su dedicación y arduo trabajo. Después de charlar sobre varios aspectos técnicos del trabajo, él concluyó diciendo que quería compartir con ellos algo de mayor importancia.

Todos parecían estar muy contentos. El consultor se les quedó mirando a todos, luego agachó la cabeza. En sus ojos se notaba algo de turbación y tristeza. Pasó un momento. Al levantar su mirada del suelo, pensativamente fijó sus ojos en cada uno de los misioneros, uno por uno, y de nuevo habló: *“Entonces ya viene la avioneta. Antes de irme, pienso que sería bueno compartir con ustedes unas observaciones como equipo. Desde hace tiempo nosotros, los supervisores del campo, hemos estado pensando mucho en ustedes, en la gente de esta etnia, y en*

cuanto a los propósitos de Dios a favor de ellos. Hemos llegado a la conclusión de que lo mejor para la gente sería que ustedes abandonen esta obra y este lugar lo antes posible. Pensamos que ya llegó el momento para que empaquen sus cosas y vuelvan a sus países de origen". El consultor se quedó mirando seriamente a los misioneros.

Los misioneros respondieron con una gran sonrisa, muy felices. Se reían mientras felicitaban al consultor por su carácter tan especial y su buen sentido de humor. "*Ja ja ja hermano. Siempre tan bromista...*" decían. Pasó un momento y se hizo un silencio muy incómodo, y habló de nuevo el consultor: "*No estoy bromeando. Lo mejor para la gente de este lugar y para la obra sería que ustedes se fueran de aquí. Ésta obra se acabó*".

Como hablaba con tanta seriedad, los misioneros no sabían qué pensar. Lo que decía sonaba como una broma, pero cómo lo decía no, pues se notaba una profunda tristeza en su rostro y en su voz. Después de un silencio, uno de los misioneros le preguntó:

“¿Pero qué de todo lo que nos dijiste en estos días en cuanto a nuestro avance y al trabajo? ¿Entonces qué pasó?”.

Evaluaciones – de obras y de obreros

El consultor respondió tratando de corregir lo que aparentemente había ocasionado una confusión: *“Sí, todo su trabajo va muy, pero muy bien. No hay ningún problema con sus trabajos. Los felicito por su excelente labor. El comentario no tiene nada que ver con su trabajo. La conclusión a que hemos llegado no tiene nada que ver con su trabajo, sino con el rencor que hay entre ustedes. No dudamos de que pudieran enseñar muy bien, pero no podrán hacer discípulos. Pues no pueden esconder sus actitudes y sus sentimientos de la gente. La gente ve los roces, y la falta de amor y perdón entre ustedes. Ni ustedes ni sus enseñanzas tendrán credibilidad entre la gente. Es mejor que se retiren. Esta obra, con ustedes como equipo, no tiene futuro”.*

Para entonces estaba aterrizando la avioneta. Sin decir más, el hermano se levantó, tomó su

mochila y se fue.

Siempre que llegaba la avioneta todos salían para recibirla, pero esta vez no. Los misioneros se quedaron en estado de shock, mirando al piso y sin querer levantar la vista. Así se quedaron por buen rato. Ni siquiera levantaron la cabeza al escuchar el rugir del motor de la avioneta al pasar por la pequeña pista en frente de sus casas.

Poco a poco la avioneta se alejó. Todo quedó en silencio. Lo único que se escuchaba era uno que otro indígena conversando a una distancia, algunos niños indígenas jugando en la pista de aterrizaje, y los pajarillos de la selva. Pero los misioneros se quedaron inmóviles, todavía sentados en círculo con la única silla desocupada, aquella que el consultor dejó.

Sin embargo, la reunión de aquella tarde no terminó como las muchas anteriores a lo largo de los años, con desacuerdos, resentimientos y conflictos no resueltos. Aquel día lograron captar una perspectiva nueva

para ellos. Por primera vez vieron sus muchos años de trabajo y sacrificio como nada.

Arrepentimiento y reconciliación

Aquel día reaccionaron y se pusieron en el camino del perdón aplicado. Se dieron cuenta que, de nada sirve hacer una buena obra mientras se es un mal obrero. El obrero que no vive con integridad no puede levantar una obra íntegra.

Lograron entender que era algo realmente absurdo lo que habían vivido a lo largo de los años. ¡Qué ridículo había sido reunirse para orar por la gente y por la enseñanza que estaban a punto de iniciar sobre la gracia, la salvación y el perdón de Dios, mientras hacían todo lo posible en sus propias vidas para ignorar el significado de lo que pretendían presentar a la gente!

Aquel día hubo una revolución en las vidas de todos los de este equipo. Empezaron el proceso de confesar muchas faltas, pedir perdón, perdonar y de aprender a cómo comunicarse mejor. Aquel día aprendieron que

la falta de perdón, acumulado por tantos años, había fomentado un impedimento en su comunión con el Señor y entre ellos. Con muchas lágrimas, con humildad y con gozo arreglaron las cosas, primeramente entre ellos, y luego con su Dios.

Una nueva actitud ante el altar

Al haberse reconciliado, volvieron “al altar” para ofrecer a Dios su ofrenda de servicio. Pero ahora, con una actitud distinta. Pudieron seguir con nuevos “vientos en sus velas”, con integridad, con una humildad genuina, todos unidos, y con gratitud y amor.

Esta historia nos lleva a la tercera perspectiva: Que para Dios la condición del obrero es más importante que la obra que le está ofreciendo. Eso nos muestra que quizás podamos realizar un excelente trabajo, pero a la vez ser un fracaso en ello.

Así que, si al llevar tu ofrenda te acuerdas

Entonces vamos al libro de Mateo, esta vez en el capítulo 5. Aquí veremos que los principios observados en la historia sobre los misioneros

son los mismos que forman el contexto en esta parte de la Escritura.

Mateo 5:23-24 – *“Así que, si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda”*.

En estos dos versículos tenemos una profundidad de perspectiva, riqueza espiritual y sentido. En esta parte nos enfocaremos en cinco puntos que pueden tener importantes enlaces con estos dos versículos:

Primero: La conciencia y la responsabilidad

El texto no nos indica absolutamente nada negativo en cuanto al individuo que lleva su ofrenda al altar. ¡Qué bueno que está llevando una ofrenda, un servicio, algún don, o cualquier otra cosa que le quiera entregar a Dios! Pero, al llegar al altar se acuerda de que algún hermano tiene algo contra él.

El texto nos habla de una manera directa y

personal, no teórica. Por lo tanto, vamos a hablar así también, como amigos, en confianza, con amor, pero con las cartas sobre la mesa.

Aunque el individuo siendo señalado en el texto, (¡tú y yo!), bien puede decir correctamente: “*Si ese hermano tiene algún problema conmigo, él sabe dónde vivo y me puede buscar. Pero yo no tengo ningún problema con él. Entonces, no tengo ninguna responsabilidad de estar corriendo detrás de él para consentirlo. Si hay algún conflicto, el problema es del hermano, no mío*”. Es probable que para muchos, este argumento suene total y completamente lógico. Sin embargo, no es válido delante de Dios ni apropiado para sus seguidores.

El texto pone todo el peso de la responsabilidad en *la conciencia* de todo aquel que “llega al altar” queriendo ofrecer cualquier cosa a Dios. Aquí no estamos hablando necesariamente de una “carga de conciencia” sino solamente de “*la conciencia*”, ¡la conciencia tuya o mía! En el momento que quieras “acercarte al altar” para servirle a Dios, o agradecerle con cual-

quier ofrenda, y allí “te acuerdas”..., este es el momento en que debes darte cuenta de una responsabilidad.

En el momento que tu “conciencia se acuerda” que hay una brecha en la relación con tu hermano, en ese mismo instante debes dejar tu “ofrenda”, allí mismo, por un momento, pues hay algo que hacer antes de seguir con tu servicio. Pronto puedes regresar y retomar con gusto y ánimo tu ofrenda o acción deseada, pero antes hay que atender otra cosa prioritaria e importante: la reconciliación.

Debemos mencionar en esta parte que quizás algunos de ustedes han tenido la experiencia, al igual que nosotros también, de haber buscado la reconciliación con algún hermano, pero éste te rehúsa o te rechaza. Puede pasar, y a veces pasa, que “el hermano que tiene algo contra ti” prefiere retener el perdón y, en vez de perdonar y reconciliarse, prefiere guardar rencor, resentimiento y amargura. En estos casos, debes “estacionar el asunto, con el motor prendido” en los fundamentos de 1 Corintios 13:4-7, y esperar anticipadamente

la oportunidad para intentar otra vez.

Aunque la otra persona tenga también la responsabilidad de participar y facilitar el proceso de la restauración, su falta de responsabilidad o su inmadurez no es una excusa para que tomes una actitud de “lavarte las manos” en cuanto a esta persona. Olvidarla, y seguir adelante con tu propia vida no es correcto. Aunque esa actitud sea justificada en la tierra, no será aceptada delante de Dios.

Segundo:

Sin importar las culpas y las causas

El texto no toma en cuenta quién tiene la culpa, o “quién está bien y quién no”. No habla en absoluto de la otra persona ni de cualquier responsabilidad que ella pueda o deba asumir.

Ahora bien, existe la posibilidad de que esta persona mencionada en el texto, que lleva su ofrenda al altar, (tú y yo), posiblemente no haya hecho nada malo. Es posible que todo sea producto de la imagina-

ción de quien tiene algo contra ti. ¡Peor todavía, quizás hiciste de verdad un bien a tu compañero, pero tu hermano no lo ha tomado así, y ahora está resentido, amargado y molesto! Hay instrucciones en las Escrituras para este tipo de situaciones y para estas personas, pero no las encontramos aquí en Mateo 5:23-24.

Queridos hermanos y amigos, no hay que tomar esta reflexión como una carga, pues no la es. No seamos tan inmaduros como para pensar o decir: *“¡Que desgracia! Vine con toda buena intención, para ofrecer mi servicio a Dios. Quería cumplir con mis planes y mi ministerio, dar mi ofrenda y luego irme a casa, tomar un café y descansar. ¿Por qué tuve que tener la desgracia de acordarme de ese hermano ahorita? ¡Él siempre tiene problemas con todos; tú sabes Dios que no le hice nada! ¡Ay Dios, permíteme olvidarlo, por favor! Quiero seguir enseñando en la iglesia, cantando en el coro, participando con los demás hermanitos etc., etc. ¡Señor, por favor, no quiero ni quise acordarme de ese hermano! ¡No quiero dejar mi ministerio y tener que*

*hacer todo un rollo de cosas para consentirlo!
¡Ay Señor, por favor!”*

En este segundo punto debemos reconocer que la culpabilidad no tiene importancia, sino los principios establecidos en Mateo 22:36-40, “*Ama a tu prójimo como a ti mismo*”.

Tercero:

Prioridades, reconciliación, y actitudes

Jesús nos indica cuáles son sus prioridades para sus hijos que le quieran servir. Jesús vino a reconciliar al hombre pecador con su Dios. El ministerio de Jesús estaba enfocado en la restauración. Hay demasiados “cristianos” que entienden esta restauración de manera egoísta y limitada. Debemos recordar que no solo nos reconcilió con Dios, sino que también nos formó como miembros unidos para funcionar como Su Cuerpo.

La prioridad de Dios es la reconciliación. Entonces Jesús dijo: “...*deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano...*”. O, “...*deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate*

primero con tu hermano...”. Tu ministerio, tu servicio, tu ofrenda o tus deseos de agradecer a Dios son buenos. Sin embargo, si no quieres “ministrar” u ofrendar en el ámbito de la reconciliación, entonces a Dios no le interesa tus otros buenos deseos de servirle.

Aquí encontramos un principio relacionado con Caín y Abel. Los dos eran “creyentes”. Los dos tenían “fe” en Dios. Tenían los mismos padres, la misma educación, compartían el mismo hogar, la misma historia y el mismo trasfondo. Sin embargo, sus actitudes eran distintas. Un día Caín llevó una ofrenda al Señor, Abel también. Dios miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda (Génesis 4:3-7).

Lo que podemos apreciar en este punto es lo siguiente: Hay una relación íntima entre la ofrenda y el que la da. En el altar tanto la ofrenda como él que la da están delante de Dios. No sólo mirará al hombre y su fe, sino también mirará los fundamentos de esa fe. El hombre y su fe están relacionados y entrelazados con su ofrenda.

La ofrenda no puede ser evaluada separada de la persona que la da. Aunque la ofrenda puede representar, hasta cierto punto un sacrificio, dedicación, entrega o compromiso, no siempre revela la motivación o la actitud del que la da.

Caín creyó a Dios, pero a su propia manera mientras que Abel creyó a la manera de Dios. Al decir que Caín “creyó” o que tenía “fe” en Dios no quiere decir que confiaba en Él. Caín quería ser aceptado por Dios de acuerdo con los principios de su propio criterio egoísta. Quería hacer las cosas a su propia manera y a la vez “ganar” una posición delante de Él. Por el contrario, Abel buscó a Dios con su fe puesta en el fundamento representado en “la muerte de un inocente para cubrir al culpable”: una sombra de la reconciliación venidera.

Debemos tener cuidado de no tomar la actitud que tuvo Caín al acercarse al altar. El hombre, o la mujer que quiere servir a Dios debe pensar primero en las prioridades de Dios, no en sus propios intereses. La

prioridad de Dios es la reconciliación y debe ser la nuestra también. Cuando tú y yo tenemos esta prioridad, nos daremos cuenta que tenemos muchas oportunidades tanto para pedir perdón como para perdonar y buscar la reconciliación.

Quizás en algún momento nuestros esfuerzos en buscar la reconciliación serán rechazados. Entonces tendremos que intentar muchas veces y con mucho esfuerzo para hacer las cosas correctamente y con integridad. Sin embargo, a veces no lograremos la meta.

Cuarto: El QUÉ y el CÓMO del perdón

Después de lograr la reconciliación, podemos volver “al altar” y presentar nuestra ofrenda, seguir con nuestros “ministerios” o disfrutar cualquier otro servicio que queramos realizar para agradecerle a Dios. El texto lo pone así: *“...deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda”*.

¡Lo que puede incomodar a algunos es la gran

brecha que existe en medio de este versículo! El texto no nos da una fórmula o pautas a seguir en cuanto a cómo buscar la paz. Sólo dice: “...*ve primero a ponerte en paz con tu hermano...*” ¿Pero cómo llevarlo a cabo?

Hay un sinfín de circunstancias y situaciones en esta vida. Hay una gran variedad de ofensas. Algunas son ofensas intencionales y otras no. Otras en realidad no son ofensas de verdad, sino que se perciben como tal, por las cuales alguien se ofende al llegar a una errónea conclusión.

Todos y cada uno de nosotros hemos sido hechos de un mismo barro frágil. Debemos seguir aprendiendo cómo tratar a otros y cómo responder a la forma como nos tratan.

La búsqueda del camino del perdón aplicado es algo que Jesús decidió dejar a la creatividad de sus hijos. Él que está creciendo en madurez y en sabiduría entenderá que tal camino, además, viene siendo como una puerta; a través de la cual el perdón puede salir hacia otros e igualmente puede entrar de otros hacia uno mismo.

Repetiremos estas tres expresiones del perdón:

1. Cómo perdonar a otros
2. Cómo buscar y pedir perdón
3. Cómo recibir el perdón

Queremos resaltar que este librito tiene el fin de animarnos en el camino del perdón APLICADO. No nos interesa la teoría, sino más bien la práctica. Entonces en cada conflicto debemos estar conscientes no solo de la meta de perdonar o de ser perdonado, sino del camino y el proceso del perdón aplicado. “El camino” implica o representa el CÓMO. La forma de CÓMO hacemos las cosas, en la mayoría de los casos comunes, tendrá hasta cierto punto una influencia en CÓMO saldrán las cosas. Esta consideración nos ayudará a entender y ver la importancia de nuestro criterio y de nuestra actitud.

En este cuarto punto podemos analizar las actitudes que son representadas en algunas expresiones comunes.

Lo que se requiere

Tanto del que está tomando la iniciativa en el proceso de la reconciliación, como de parte de la otra persona, se requiere una actitud de genuina humildad. Esta humildad debe ser expresada en hechos concretos de amor persistente, y también con palabras.

Para muchos, puede ser de gran ayuda escribir sus palabras y lo que desea compartir antes de reunirse con la otra persona. Así tendrá la oportunidad de leerlas en voz alta y tratar de percibir si tienen un “sabor” de soberbia, altivez o arrogancia, en vez de un espíritu de humildad. A veces cuando hay algún conflicto, ambas personas pueden estar más sensibles a las cosas realmente pequeñas e insignificantes. Un pequeño gesto o una palabrita un poco aguda o fuerte, aun sin ninguna mala intención, puede ayudar a descarrilar lo que debería ser un buen encuentro.

Se requiere de ambas partes una genuina actitud de humildad, pero especialmente del individuo que está tomando la iniciativa. En

caso de encontrarte en dicha posición, debes entender que el otro quizás no haya procesado todo hasta el mismo punto que tú. Ahora estás acercándote a tu compañero, en busca de la reconciliación, pero él, al verte llegar, puede levantarse en armas si cree que vienes a discutir o pelear. Esto no es necesariamente culpa tuya, pero debes estar preparado para hacer todo lo posible por “desarmarlo” de la idea de una nueva batalla.

Si estás tomando la iniciativa en este proceso, debes prepararte para hacer las cosas lo mejor posible. Además, debes preparar tu corazón para cualquier respuesta negativa o inesperada, a fin de no responder a tu compañero de manera incorrecta.

Debes recordar que tu meta es la reconciliación. Te puede costar. En la mayoría de los casos comunes “el precio a pagar” es la humildad. Un siervo de Dios con madurez, no tomará en cuenta el llevar sobre sí la “carga” de la humildad, o hasta una humillación. Pero a la persona orgullosa, su arrogancia no le permitirá ceder mucho antes

de reaccionar, sintiéndose en la necesidad de defenderse.

La humildad es lo que abre el camino del perdón aplicado.

Quinto: “Está bien”

Vamos a analizar con cuidado la importancia de nuestras palabras y las actitudes que éstas a veces revelan.

Cuando alguien dentro de un conflicto reconoce cualquier ofensa, falta, error, deficiencia, o aun si su contribución al conflicto fue sencillamente no haber usado las mejores palabras, pero está buscando la reconciliación, debe pedir perdón. Aunque su culpabilidad sea mínima, no es bueno minimizarla.

El verdadero propósito de la reconciliación es sanar. Por lo tanto, en muchos casos recomendamos aplicar la “medicina” en exceso. Eso no significa “exagerar” o “pervertir” la realidad de un problema compartido, en que ambas partes han colaborado. No es correcto fingir una actitud de humildad exagerada. Más bien,

debemos vivir en total sinceridad e integridad con una humildad genuina. La actitud que estamos animándonos tomar es una de generosidad y consideración.

Llega el momento de expresar las palabras: *“Te pido perdón”*. El que está tomando la iniciativa en la búsqueda de la reconciliación no debe desestimar este momento y el buen paso que está tomando. No debe diluir “el buen café” diciendo otra cosa como: *“Bueno amigo, tú sabes que nadie es perfecto. Lo que hice quizás no fue lo mejor... ¡pero tú también la regaste...!”* Estas palabras revelan una actitud de orgullo y egoísmo. Se humilde y simplemente pide perdón.

Debemos ser sabios, prudentes y razonables, aun en medio de nuestras faltas, en los conflictos y en los problemas. Debemos entender que cuando hay un conflicto en el que ambas partes son responsables, se necesita un perdón compartido para lograr la reconciliación verdadera.

A veces la ofensa es responsabilidad de una

sola persona y entonces ella debe asumirla. Cuando el conflicto es responsabilidad de ambas partes, las dos partes deben compartirla. Sin embargo, es posible que solamente el individuo que esté tomando la iniciativa de “extender su mano” haya aceptado una responsabilidad mientras el otro no. Sea como sea, es importante entender que uno va a pedir algo, (el perdón), y el otro lo debe entregar.

Cuando alguien te pide perdón, está implícito que esa persona está esperando que el perdón le sea concedido. El orgullo se manifiesta de muchas maneras. Cuando alguno te dice: “*Hermano, perdóname*”, tu respuesta debe ser, por lo menos: “*Sí, mi hermano, te perdono*”. ¿Por qué en tantos casos la otra persona responde diciendo cosas tontas como: “*Está bien*” o “*Tranquilo*”? ¡No, no está bien, y por eso se le está pidiendo perdón! O si todo realmente está bien, entonces debe ser más fácil todavía decirle que está perdonado. ¿Por qué para tantas personas es tan, tan, exageradamente difícil pronunciar las palabras: “*Te perdono.*”? El pedir perdón requiere cierta humildad, y el perdonar también.

Nunca digas: “*Está bien*” cuando alguien te está pidiendo perdón. La actitud correcta es expresar palabras que ofrezcan el perdón a la otra persona.

“No te preocupes, no hay nada que perdonar”

Otras respuestas tontas que se escuchan cuando alguien está pidiendo perdón son cosas como: “*No te preocupes*”, “*Tranquilo*”, “*Ánimo*”, o “*No hay nada que perdonar*”. Aunque sea por costumbre el uso de estas frases; muchas veces este tipo de respuesta sirve para comunicar a la otra persona: “*No, no te voy a perdonar, ¡pero ánimo, tranquilo, no te preocupes, nuestro conflicto continúa!*”

En este segmento de nuestra meditación estamos considerando tanto la importancia de saber CÓMO buscar y pedir perdón, CÓMO perdonar y CÓMO recibirlo. Para todo ello se requiere humildad. El orgullo siempre será un impedimento en un proceso que, de lo contrario, podría y debería ser de bendición.

Mateo 5:23-24, contiene un gran reto para nuestras vidas y para la de nuestras congregaciones. Para el hombre o la mujer que quieren vivir una vida de integridad, rectitud y honradez, los principios revelados en estos versículos, y en los otros textos ya considerados, son como una brújula confiable en tiempos de dificultad.

Estos principios, una vez aplicados, ayudarán a sanar, unir, edificar, reconciliar y restaurar relaciones. Esto facilita algunas de las cualidades más valoradas en la vida: la confianza, la amistad duradera y la fidelidad. Hemos disfrutado mucho de estas bendiciones entre los equipos misioneros transculturales, en los lugares más remotos, como también en los grandes barrios de nuestras ciudades donde el servicio de nuestros equipos ha resultado en nuevas congregaciones y nuevos ministerios de discipulado.

Pero también hemos observado lo que sucede cuando estos principios son rechazados o ignorados. Cuando uno o más de los involucrados se deja llevar por su egoísmo, el

resultado es triste, penoso y realmente lamentable. Matrimonios destrozados, niños abandonados, amistades arruinadas, y lo que muchas veces queda por años, o de por vida: amargura, resentimiento y rencor. Por no aplicar estos principios básicos, hemos visto equipos misioneros desintegrados, afectando no solo a los equipos, sino también a las iglesias que con tanto sacrificio los enviaron, y a muchas otras personas también; sin mencionar a la gente que supuestamente fueron a alcanzar con “el mensaje del perdón de Dios”. Además, en nuestras propias congregaciones hemos observado varios casos realmente absurdos donde muchos han sufrido por el orgullo y el egoísmo de quienes no quisieron perdonar o pedir perdón.

EL CAMINO DEL PERDÓN APLICADO

Nuestras Decisiones Ante Los Retos

“Condiciones” e Insistencia en el Amor

Para algunas personas, más importante que la reconciliación es sentirse justificados. Mientras sientan que tienen la razón, todo estará bien para ellos. ¡Pero es una lástima que su orgullo se manifieste con tanta inmadurez! Donde hay orgullo, no hay honradez. Donde existe el egoísmo, no existirá la integridad. Siempre el hijo de Dios debe hallarse viviendo con humildad, con honradez, con integridad y en los principios del camino del perdón aplicado.

Hace poco, pasamos varias semanas trabajando con algunos pastores venezolanos en unas ciudades de este bello país. Uno de los pastores es un muy apreciado amigo con quien hemos convivido y trabajado a lo largo de los años. Este siervo forma parte de un equipo pastoral que está velando, luchando y ocupándose por el cuidado y el bienestar de varios equipos misioneros de dicho país. Su trabajo, junto con los demás del equipo para impulsar la obra

misionera entre los no alcanzados es gigantesco.

Hace un par de años lo vimos pasar por una situación muy difícil con uno de los equipos misioneros. Las cosas no salieron como todos esperábamos, pero lo más inesperado fue el rechazo que sufrió por parte de uno de los hermanos involucrados.

El individuo quien estaba lleno de resentimiento con éste y con los otros pastores, bien pudo haber estado en desacuerdo con los muchos esfuerzos que éstos hicieron en la lucha por su bienestar. No tenía que estar de acuerdo, pero su resentimiento hacia quienes le habían servido con tanto sacrificio y por tanto tiempo, era en verdad una gran pena y una tremenda vergüenza.

De vez en cuando podemos tener fuertes desacuerdos con otros. ¡Pero cuando hay un conflicto entre hermanos, ninguno de los involucrados debe enojarse, llenarse de rencor u orgullo y cerrarle la puerta en la cara a los demás! En este caso, este individuo que tenía

varios problemas, bien pudo haber manifestado cualquier desacuerdo. Pero, por otro lado, también debió haber expresado profundo agradecimiento por el aprecio, el amor y el apoyo que a lo largo de bastantes años estos pastores, con mucho esfuerzo, habían invertido para bien en su vida. Sin embargo, en vez de expresar alguna gratitud, fue todo lo contrario. Para él, la “aprobación” de sus malas decisiones era una “condición” para considerar la reconciliación.

En este caso, vergonzosamente estuvimos observando, de parte del hermano, un “amor condicional” hacia el pastor. Desarrolló una actitud inmadura que comunicaba: *“Si me apoyan en mis decisiones y en mis propósitos, entonces estamos bien y son mis amigos, pero si no, entonces sufrirán mi rechazo”*. Este individuo veía la amistad, la comunión y la reconciliación a través de su óptica de “aprobación” y “apoyo”. Esta actitud siempre está relacionada con la inmadurez, el orgullo y el egoísmo. El amor verdadero no es condicional, y el perdón verdadero tampoco lleva condiciones.

Cuando hay algún conflicto y como resultado, con o sin motivo, otros resultan lastimados, la reconciliación es necesaria. Sin embargo, no es obligatorio que todos estén de acuerdo. Se puede lograr una reconciliación a pesar de los desacuerdos, y a veces hasta llegar a la separación debido a ellos. A pesar de esta situación, las diferentes partes pueden separarse sin amargura ni resentimiento.

**Pablo, Bernabé y Juan Marcos —
aprecio, unidad y soluciones en medio
de los desacuerdos**

Vemos en el libro de los Hechos un conflicto que involucraba a Pablo, Bernabé y Juan Marcos. Fue tan serio el desacuerdo, que Pablo y Bernabé terminaron separándose (Hechos 15:36-41). Al parecer, Pablo tenía razón, pues de allí en adelante no se vuelve a mencionar a Bernabé en el libro de los Hechos. Sin embargo, toda evidencia muestra que aunque tuvieron un fuerte desacuerdo, y como consecuencia se separaron, la ruptura no afectó su “hermandad” y el aprecio del uno por el otro.

El fuerte desacuerdo no los llevó a la amargura y al resentimiento. El amor de Pablo, y su aprecio por Bernabé y por Juan Marcos, muy a pesar de todo lo mencionado anteriormente, se ve más adelante en otros de sus escritos: en 1 Corintios 9:6, donde pone a Bernabé y a sí mismo como ejemplo. Luego, en Colosenses 4:10, encomienda a Juan Marcos, pidiendo a los hermanos que lo reciban. Por último, en 2 Timoteo 4:11, donde Pablo dice que Juan Marcos le es útil para el ministerio.

Existen varios aspectos de este conflicto de los cuales podemos aprender. La separación que hubo entre Pablo y Bernabé por causa de Juan Marcos no dejó un mal testimonio de “hermanos peleados y amargados”. Discutieron sí, pero también, en medio de la discusión y el desacuerdo, encontraron el mejor camino a seguir. Vemos que cuando se separaron, ya habían concordado un nuevo plan de trabajo. La separación no dio lugar al desprecio del uno por el otro. Más bien, fue una solución con respecto a cómo seguir cada uno con sus convicciones, mientras a la vez

seguían sobrellevando con amor y aprecio a su compañero a pesar del desacuerdo.

Hay varias facetas que podemos apreciar de esta historia, pero lo fundamental para nuestros propósitos aquí es que Pablo y Bernabé, igualmente Juan Marcos, se mantuvieron en una relación de reconciliación, armonizada en y a pesar de su desacuerdo y separación. En ningún momento el amor y la convicción de uno de los hermanos fueron menospreciados por el otro. Siguieron el curso de su desacuerdo hasta encontrar una solución. Ninguno abandonó el proceso.

Además, vemos que el amor y el aprecio que tuvieron el uno por el otro no permitieron que el desacuerdo se convirtiera en una ofensa. Ninguno de los tres salió sintiéndose ofendido y el resultado fue de bendición para todos; la que se multiplicó en y por medio de sus vidas. Aun en su conflicto, estos hermanos nos muestran la esencia del camino del perdón aplicado. Pero donde hay inmadurez, orgullo y egoísmo, el resentimiento dominará y ello producirá “condiciones” y

obstáculos para lograr la reconciliación.

Ante el rechazo – insistiendo en el amor

El pastor venezolano mencionado en la historia no cometió ofensa alguna. Sin embargo, su buen servicio, y el de los otros pastores, al igual que sus sacrificios, fueron tomados por el hermano resentido como algo en su contra. Era el deber y la responsabilidad de este hermano buscar a los pastores para pedirles perdón, pues en realidad fue él quien los ofendió a ellos. Sin embargo, fue este pastor que, sin tener el deseo de justificarse o simplemente “olvidarse” del asunto, tomó la iniciativa de buscar la reconciliación con el hermano “ofendido”. El pastor hizo lo correcto delante de Dios aunque en el proceso sufrió todavía más rechazo y resentimiento por parte del hermano quien esperaba la aprobación de sus malas decisiones.

Los pastores le mostraron un amor incondicional, buscando en todo su bienestar. Pero él no quería nada de eso, sino la aprobación para seguir adelante en un camino equivocado. Como no pudo lograr lo que

buscaba, se amargó y rompió su comunicación y relación con los pastores. Por lo tanto, según él, si los pastores querían la reconciliación, era simplemente una cuestión de aceptar “la condición”, extenderle su aprobación y apoyo, ¡y listo!

Por decisión de este hermano, el resultado fue una separación, pero no como la de Pablo y Bernabé. Rechazó a medio mundo y se separó de los que más le amaban. Siguió solito en su camino, hablando mal de los demás, acusando a los demás, y culpando a los demás. El pastor, por su parte, sigue insistiendo en el amor y en el camino de la reconciliación, aun con la puerta cerrada en su cara.

La relación entre el amor, el perdón y la reconciliación

¡Hay que “insistir” en el amor! Hay una relación entre el amor, el perdón y la reconciliación. El amor da, el egoísmo toma. El perdón libera, el orgullo esclaviza. La reconciliación trae unidad, la inmadurez, división.

Para que el amor, el perdón y la reconciliación den un buen resultado, tiene que existir cierta humildad y consideración. Nadie debe poner ni imponer condiciones. Ni el que espera ser perdonado, ni el que debe perdonar.

En estas páginas hemos revisado tres perspectivas sobre un solo precepto: el perdón aplicado. Hemos considerado que:

1. Es una hipocresía querer ser perdonados pero no querer perdonar. Debemos pedirle a Dios: *“Señor perdóname mis ofensas y ayúdame a perdonar a los demás de la misma manera que tú me has perdonado”*.
2. El perdonar no es un asunto relacionado con la fe, sino más bien, es una obligación básica y fundamental. Cuando se nos presenta la necesidad de perdonar a alguien, no debemos pensar en poner alguna condición para poder hacerlo. Al pensar los discípulos en las palabras de Jesús, cuando él les exigía perdonar, respondieron pidiendo al Señor más fe. Pero el Señor les contestó diciéndoles que “no”, pues para

perdonar no se necesita fe, sino tomar la responsabilidad de hacerlo.

3. Cuando estamos conscientes de que por algún motivo hemos lastimado a alguien, debemos hacer lo posible, y hasta lo imposible para reconciliarnos con esa persona. Este esfuerzo es la prioridad para Dios. Nadie debe decir que “su ofrenda” o su servicio tienen más importancia que la relación con su hermano. Debe dejar su ofrenda, o su servicio, ir primero a reconciliarse, y después puede volver a sus otros asuntos.

La encrucijada en el camino de la decisión

Para algunos, estos puntos pueden sonar irrazonables o extremistas, aun solamente en teoría. Cuando en algún momento, en la experiencia de su diario vivir, se encuentran confrontados por estos principios en medio de un conflicto, muchos optarán por rechazar el camino del perdón aplicado para emprender el proceso engañoso de la auto-justificación.

Sin embargo, hay otros individuos, que al

considerar estos puntos, quizás en este mismo momento, están planeando sus pasos para buscar la reconciliación con alguien. Antes de terminar estas páginas, algunos estarán comprometiéndose a iniciar un proceso de resolución de conflictos en su matrimonio. Otros, igualmente comprometidos, estarán siguiendo un plan para restaurar alguna relación familiar rota. Algunos, al cerrar este librito, habrán logrado una nueva convicción para remediar una relación con cierto hermano, compañero o vecino.

Es algo mínimo y fundamental perdonar y pedir perdón. Nadie debería persistir en una actitud egoísta, orgullosa e insensata. Debemos ser por lo menos un poquito razonables, maduros y humildes. Si hemos logrado tener la humildad y la madurez suficiente para perdonar, posiblemente tengamos lo suficiente para también pedir perdón. No olvidemos que al ejercer los dos aspectos juntos, tanto perdonar como también pedir perdón, se obtendrá una mayor bendición.

En la próxima oportunidad que tengamos de

perdonar a alguien, quizás debemos antes detenernos un poquito, y decir: *“Claro que sí. ¡Pero yo también necesito que me perdonen! Sé muy bien que yo también he fallado. ¿Qué te parece amigo? ¡Nos perdonamos!”*

Cuando entendemos que todos hemos sido hechos del mismo barro, que todos necesitamos el perdón y la reconciliación, tanto con nuestro Creador como con nuestros consiervos, podremos ser más amorosos, misericordiosos, mostrar más gracia y perdonar con más facilidad. Descubriremos profundas riquezas descritas en el siguiente texto transformador – Romanos 11:33-12:2 (con el enfoque centrado en el 12:1-2).

Todos los retos en este libro guardan una estrecha relación con los preceptos expuestos por Pablo en estas palabras (Romanos 12:1-2). Al lograr cambios en nuestra manera de pensar, ello nos llevará inmediatamente a experimentar cambios en nuestra manera de vivir, cambios que nos alinean con lo que es verdaderamente bueno y perfecto.

El camino por el cual el asesino de una familia llegó a ser miembro de ella

Tenemos un amigo misionero que cuando era niño, se despidió de su papá a la orilla de una pista selvática. Su papá y los demás varones del equipo se fueron en la avioneta con el fin de hacer un contacto amistoso con un grupo de indígenas conocidos por su violencia y agresiones. Su papi nunca regresó. Los indígenas de la etnia que su familia estaba tratando de alcanzar, mataron a su padre y a los otros compañeros, traspasándoles con lanzas y dejándolos muertos en la selva.

No le fue fácil crecer sin su querido papá. Como joven, quizás lo más fácil hubiera sido odiar y despreciar a esa gente y vivir una vida amargada contra Dios y contra todo el mundo. Este amigo, ahora adulto, junto con su esposa y sus hijos, están sirviendo entre esta misma etnia. Este hermano escogió vivir su vida en el camino del perdón aplicado y como resultado un número incalculable de vidas ha encontrado este mismo camino también.

Uno de sus amigos más cercanos e íntimos, que

además es un compañero y consiervo hoy en el ministerio, es uno de los indígenas que asesinaron a su padre. Los hijos de este amigo misionero le llaman “abuelo” al que hace años tomó la vida de su abuelo paterno. El camino del perdón aplicado fue el mismo por el cual el asesino de una familia llegó a ser miembro de ella.

El camino del perdón aplicado no es un camino misterioso; pero sí es uno asombroso. El siervo de Dios que relaciona su fe de tal manera conectando su cabeza, su corazón y sus pies, descubrirá que su fe no es una simple “creencia”, una “sana doctrina” o “un credo”, sino más bien una “convicción”, ¡una convicción viva y creciente!

Una cuestión de actitud y perspectiva

De vez en cuando debemos revisar nuestros criterios, es decir, cómo pensamos. Realmente es un asunto de actitud. Debido a la raíz egoísta en el ser humano, el tema sobre el perdón frecuentemente provoca reacciones o preguntas que empiezan con palabras parecidas a: *“Pero, ¿qué se puede hacer cuando....?”*.

Vergonzosamente estas palabras son muchas veces las que tienen la intención de fomentar un pretexto para no humillarse y perdonar o pedir perdón. Ciertamente el asunto del perdón trata directamente con nuestras actitudes.

¡Quizás haya más preguntas que respuestas en cuanto a este tema sobre el perdón! Nuestra intención en estas pocas páginas no ha sido hacer “un estudio” sobre el mismo, sino más bien llegar a la esencia de lo que implican algunas perspectivas sobre el perdón aplicado. Más que nada, las tres perspectivas, y los otros principios expuestos en estas páginas buscan desafiar nuestras actitudes.

El apóstol Pablo es un ejemplo de lo que puede pasar en la vida de cualquier individuo cuando hay un cambio de actitud. Su vida fue transformada. Dios tomó a un hombre destructivo, furioso, violento, amargado y lleno de rabia, y lo transformó en un gran líder y ejemplo de la compasión y la misericordia.

Parte de este testimonio se encuentra en Hechos 26:4-23. La transformación tuvo su

inicio cuando Pablo experimentó un cambio de actitud. Ese gran día, mientras andaba en su camino de maldad, Pablo tuvo un encuentro con la gracia de Dios. En ese mismo momento inició una vida distinta y con una actitud cambiada. Emprendió una vida aún más radical que su vida religiosa anterior, pero ahora totalmente diferente, ¡una vida en el camino del perdón aplicado!

El cambio en su actitud y en su forma de pensar hacia Dios se hizo evidente en su forma de vivir. Las perspectivas y los principios presentados en este pequeño libro son algunos de los que formaron las convicciones de Pablo. Principios expresados, en parte, en sus palabras dirigidas a los efesios; palabras con que abrimos, y con las cuales cerramos esta meditación sobre el camino del perdón aplicado.

Librense de toda amargura, furia, enojo, palabras ásperas, calumnias y toda clase de mala conducta. Por el contrario, sean amables unos con otros, sean de buen corazón, y

perdónense unos a otros, tal como Dios los ha perdonado a ustedes por medio de Cristo.
Efesios 4:31-32